

La propaganda electoral



A la hora de distribuirse esta revista, muchos argentinos se encuentran a punto de votar y probablemente la mayoría de los lectores ya lo ha hecho al momento de recorrer estas líneas.

Culmina, de esta manera, en los distritos más importantes un largo proceso electoral que, sin embargo, recién ha de terminar el 27 de octubre, luego de un escalonamiento que arrancó el 11 de agosto y que somete a nuestro pueblo a una excesiva tensión política durante poco menos de tres meses. Ni un país rico y sin problemas, se hubiera atrevido a estructurar tamaña agenda.

En el transcurso de la campaña, la propaganda oficialista tuvo dos capítulos casi igualmente importantes: la explícita y la disimulada, si así pueden llamárseles.

En cuanto a esta última, hay que considerar dos clases distintas: una, que yo calificaría con manga ancha como legítima y otra que me atrevería a considerar como espúrea.

La primera es la que mostraron la mayoría de los grandes medios privados de difusión masiva, gráficos, televisivos y radiales que no repararon en esfuerzos para señalar enfáticamente los supuestos éxitos del gobierno, desplazar las noticias comprometedoras, suspender los comentarios críticos, disimular lo negativo y restar importancia a los enfoques de la oposición. Aunque no lo señalaron expresamente, como hubiera sido de desear, procuraron de todas las formas posibles decidir el voto a favor del gobierno. La razón es evidente: coincidencia con la política económica, que no se deseaba poner en peligro, aunque ello significara postergar la exteriorización de otras preocupaciones, que seguramente no dejan de apreciar como serias. Así hicieron su propia opción, no entre partidos políticos, sino entre los valores que querían defender y privilegiaron las ideas conservadoras, por sobre otros temores. Por lo demás, será necesario insistir, aunque probablemente en vano, para que se interprete mejor el derecho del pueblo a estar correctamente informado. Al respecto, supongo que resultará interesante mencionar la declaración de principios del diario madrileño "El País" cuando se define estatutariamente como "defensor de la democracia pluralista según los principios liberales y sociales". Y agrega: "Acoge todas las tendencias, excepto las que propugnan la violencia para el cumplimiento de sus fines... se esfuerza por presentar una información veraz, lo más completa posible... de manera que ayude al lector a entender la realidad y a formarse su propio criterio... (Su) independencia y la no manipulación de las noticias son una garantía para los derechos de los lectores, cuya salvaguardia constituye la razón última del trabajo profesional. La opinión y la información estarán claramente diferenciadas entre sí."

La segunda, es la utilización por parte de medios oficiales, adictos o comprometidos de procedimientos refinados con mínimas reglas de juego de la democracia: informativos aparentemente objetivos, repletos de noticias tendenciosas y aun de ataques solapados; insólitas referencias peyorativas en programas de la más variada índole; exagerada y obsecuente comunicación oficial e hiperbólica exaltación del accionar del gobierno.

En cuanto a la propaganda propiamente dicha, hemos sido testigos y víctimas de la aplicación de una técnica que considera-

mos incompatible con valores asentados en la sociedad argentina, tales como la disponibilidad para la convivencia y el diálogo y el respeto recíproco en la discusión de las ideas.

En un triple sentido se lastimaron las prácticas democráticas: en primer lugar, por el desatino de su desmesura; en segundo, porque se atacó el solo hecho de criticar, lo que nos trajo a la memoria históricas pretensiones hegemónicas. Siempre es necesario tener en cuenta lo que nos recuerda el profesor de la Universidad de Yale, don Juan Linz: "La democracia puede servir a múltiples y diversos fines y puede defender y contribuir a la creación de diferentes órdenes sociales y económicos. Por lo tanto, en principio, un sistema democrático debería ser capaz de congrega multitudes de gente que persiguen objetivos muy variables a lo largo del tiempo." En tercer término, por la falsedad del mensaje que imputaba a la oposición un comportamiento obstruccionista sistemático. En efecto, se pretendió inducir la creencia de que el gobierno era víctima de una oposición desleal, casi conspirativa, cuando reiteradamente ha quedado probada su conducta constructiva, tanto en el Congreso de la Nación como en la totalidad de su prédica. Para comprenderlo, basta imaginar la situación en que hoy nos encontraríamos si se hubiera apelado permanentemente al arbitrio de impedir el quórum, o si se hubieran planteado alternativas tales como el salarizado, o la disminución de los impuestos y tantas otras conmocionantes, o si se hubiera agitado al pueblo con consignas estridentes frente a tantos problemas sociales que hoy se padecen.

Muchas veces nos hemos ocupado del tema de la manipulación y del atiborramiento de información secundaria. En el tiempo preelectoral, la situación se ha agudizado: se ha producido como una explosión de noticias indiscriminadas, en una suerte de vorágine informativa de imágenes fugaces que construyen la escena política casi a la manera de un espectáculo. De esta forma, la participación se vuelve sólo aparente, casi exclusivamente gestual, como la de los niños, porque resulta cada vez más difícil discernir dónde está lo principal y dónde lo accesorio y definir una opinión racional y autónoma. Es el momento de los facilistas, de los absurdos simplificadores que encuentran todas las respuestas mágicas. Una vez dijo Hitler: "Voy a revelarles lo que me ha llevado al puesto que ocupo. Nuestros problemas parecían complicados. El pueblo alemán no sabía qué hacer con ellos. Yo... he simplificado los problemas y los he reducido a la fórmula más sencilla. Las masas lo reconocieron y me siguieron."

El problema es de tal magnitud que ya no se ubica sólo en el tradicional enfoque vinculado al peligro del control de los medios por el poder político, sino en una concepción del poder que procura la construcción del acontecimiento político mismo, desde los medios. Así termina por sacrificarse la política en aras de un mal entendido pragmatismo, más preocupado por el ámbito escénico del marketing publicitario que por los espacios institucionales de deliberación, propuesta y control de los derroteros de la Nación.

El seguro resultado es una definición antipolítica: después de desprestigiarla imputándole falta de vinculación con los problemas cotidianos de la gente, convierte la discusión pública en un alboroto de farándula, cuyos contenidos poco tienen que ver, por cierto, con los problemas concretos y realmente acuciantes de la gente.